

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO, PERFILES

Durruti, muerte y leyenda de un anarquista

De «una rápida galopada de lo que fue su vida» califica Goytisolo este artículo sobre un personaje impresionante, cuya vida es ya una leyenda que dejó estelas, muchas veces trágicas, por el mundo: el anarquista Durruti.

Ilya Ehrenburg, el aventurero escritor soviético, poco sospechoso —por la cuenta que le traía— de tener admiración a los anarquistas, escribió de Durruti, en 1931: «Era un obrero metalúrgico que había luchado en las barricadas. Luego, ha asaltado bancos, arrojado bombas y ha secuestrado jueces. Antes, había sido condenado a muerte tres veces: en España, en Chile y en Argentina. Ha pasado por innumerables cárceles y ha sido expulsado de ocho países. Ningún escritor se pondría narrar la historia de su vida: ésta se parece demasiado a una novela de aventuras.»

Antes de llegar a la apoteosis de Durruti y a sus muertes —después veremos que hay varias, tantas como versiones se dieron de ellas— es conveniente hacer una rápida galopada por lo que fue su vida, y hacerlo con más detalle que el novelista Ehrenburg. Veamos.

Los Solidarios

Durruti nace en León, la capital de la provincia española del mismo nombre, ciudad muy clerical y reaccionaria, antes y también ahora. Tenía siete hermanos y una hermana. El padre trabajaba en el taller de los ferrocarriles, como muchos de sus hermanos y como él mismo. Buen alumno en la escuela primaria y dominical.

Trabaja primero en una fundición, y pasa luego, después de un duro examen, a la Compañía Ferroviaria del Norte de España. Sigue estudiando por su cuenta en la escuela nocturna. Pronto se dispara: participa en una huelga del ferrocarril, como cabecilla, y es despedido. Emigra a Francia, y en París trabaja como ajustador mecánico.

Allí se formó en las ideas de Bakunin y Kropotkin.

Cuando ya llevaba tres años como emigrado, le llegan las noticias de que en Barcelona y otras ciudades españolas bandas de pistoleros, pagados por la burguesía, están eliminando a los militantes del sindicato anarquista de la Confederación Nacional del Trabajo o CNT.

Regresa a España: en la frontera ya le esperan los que después serían sus compañeros inseparables, Ascaso y García Oliver. Con estos dos compañeros, organiza en Barcelona el *Grupo de los Solidarios*, que se enfrenta a tiro limpio con los pistoleros de la burguesía y con la Policía.

En América

A fines de 1924, viaje por América Latina: Cuba, México, Perú, Chile, Argentina, Uruguay: Atracos a bancos, a estancieros, a oficinas comerciales... Fondos para la causa. Son buscados en todos esos países, sus fotografías están expuestas por todas partes. Pero consiguen llegar a Francia. Allí, al ser descubierto por una delación el atentado que preparaban contra el rey de España, Alfonso XIII, son encarcelados.

Un año de cárcel y a España otra vez, no sin antes pasar por Bélgica, Luxemburgo, Alemania y otra vez Bélgica, siempre «recaudando fondos para la causa». Durruti tiene ya una compañera fija, Emilienne Morin, que no le abandona hasta el fin. «Durruti y yo no nos casamos nunca, por supuesto. ¿Qué se figura usted? Los anarquistas no vamos al Registro Civil.» Así le espelotó la tal Emilienne, aún viva, a mi amigo Hans Magnus Enzensberger, el mejor investigador de la



«Participa en el atentado que termina con la vida de Eduardo Dato.»

vida de Durruti que yo conozco.

La II República Española, proclamada en 1931, después de unas elecciones que le dijeron «no» a la monarquía, ve un Durruti en continua actividad como el elemento más caracterizado como líder de la Federación Anarquista Ibérica, la FAI, especie de cuerpo armado de la Confederación Nacional del Trabajo o CNT.

Dentro del sistema republicano siguen mandando las derechas. Durruti está en los levantamientos de Cataluña y Aragón de 1933 y en la sublevación de Asturias, del año siguiente. Es deportado a Villa Cisneros, nace su hija, Colette, sale libre y vuelve a la cárcel repetidas veces. Cuando el Frente Popular gana las elecciones de 1936, Durruti está en el Penal del Puerto de Santa María. Es liberado inmediatamente.

Pero ya huele en el ambiente una sublevación de los militares y de la extrema derecha. En efecto, a los pocos meses, el nefasto 18 de julio de 1936 —nefasto para las izquierdas, claro, ya que los franquistas lo declararían luego fiesta

nacional—, el Ejército y los civiles armados se alzan contra la República, el general Franco dirige esta rebelión.

Durruti detiene el avance fascista en Cataluña, al tiempo que funda y propicia comunas agrarias en las provincias de Teruel y Zaragoza, que funcionan hasta el fin de la guerra; también funda el Consejo Regional de Defensa de Aragón, de inspiración anarquista.

Súbitamente, el Gobierno de la República ordena a Durruti y a su columna el inmediato traslado al frente de Madrid, a fin de salvar la capital de España. El 13 de noviembre de 1936 llegó la columna Durruti al frente de Madrid. Pelea bien: el día 19 del mismo mes ya habían muerto más del 60 por 100 de sus componentes. Y en la tarde de este mismo día, Durruti cae en la zona de la Ciudad Universitaria, atravesado por un balazo, al descender de un coche, cuando iba recorriendo las zonas de peligro. Muere a las pocas horas.

La muerte

¿La versiones de su muerte? Todas éstas, y otras que me dejó: fue muerto por sus propios hombres, descontentos de que les hubiese metido en la guerra; fue una bala del enemigo; fue una imprudencia suya, por estar cerca del frente y al descubierto; fueron los comunistas, que odiaban a los anarquistas; fue un guardia civil desde un terrado; fue un moro emboscado; se le disparó el «naranjero» o fusil automático al apoyarlo en el suelo para salir del coche.

¿Y la verdad? Yo creo en la última versión. Aunque sea poco heroica.